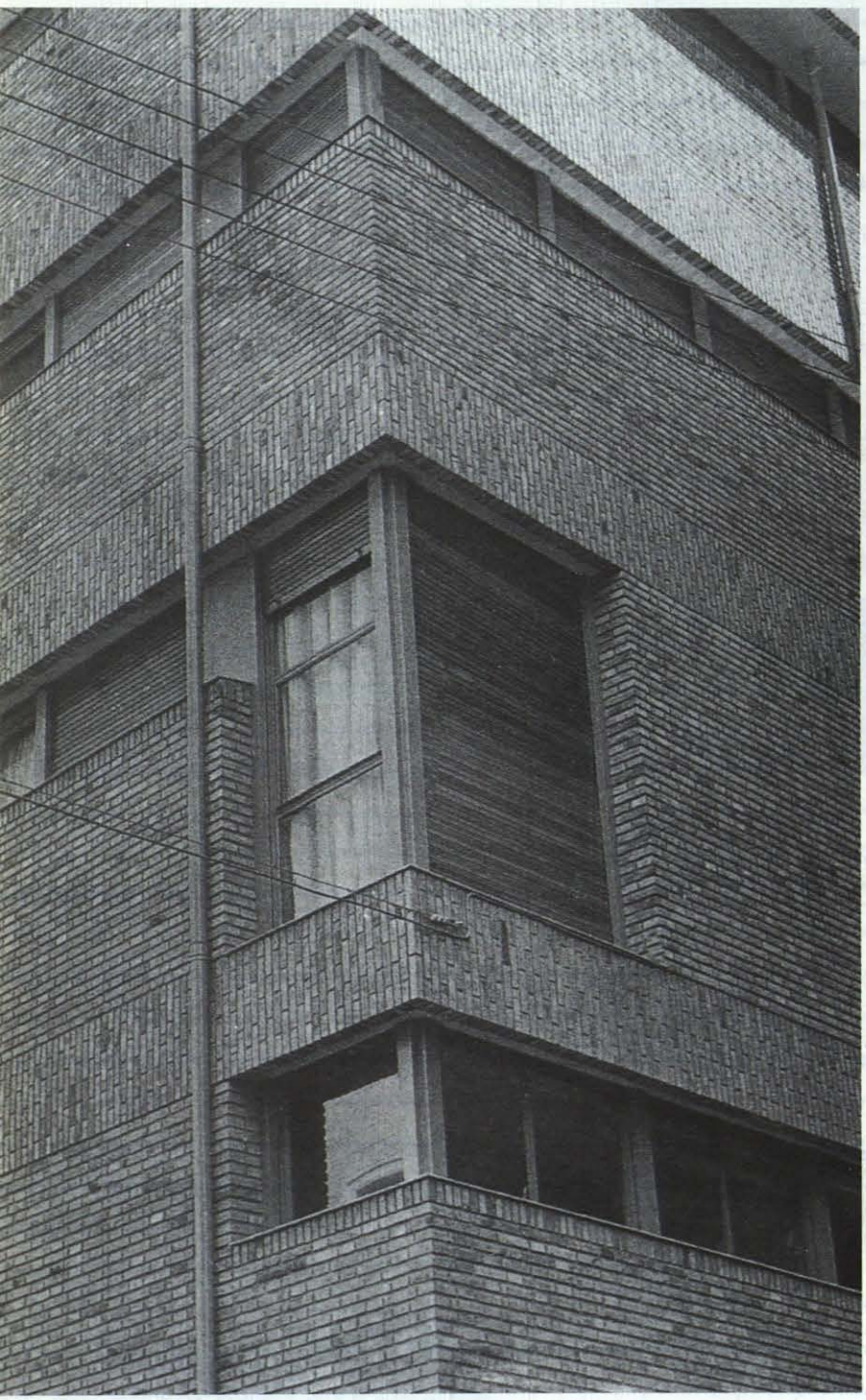
Elogio de la obra madura

Miguel Angel Baldellou.



Posiblemente, la madurez nunca se alcanza.

Sin embargo, proyectamos nuestra vida en su busca, utilizando como principal argumento, para alcanzarla, nuestra propia experiencia.

Solemos confundir la madurez con la experiencia.

Siendo ésta, evidentemente, y por su carácter, relativa, lo será pues aquella.

Concretamente, desde la perspectiva profesional, nuestra obra se presenta como un recorrido en que el conocimiento, vinculado a la experiencia personal, no sólo profesional, nos permite dar por resueltas muchas cuestiones, consideradas por ello "de repertorio".

Construímos nuestro bagage sobre un proceso acumulativo de verificaciones, positivas y negativas, que nos permiten centrar la atención, en cada caso, en aspectos "específicos" y "fundamentales" sobre los que realizar el esfuerzo principal. Este procedimiento resulta tan frecuente que nos impide advertir el carácter negativo de la aceptación, como "dèjá vu", de demasiadas cosas. Nuestra experiencia, de éste modo, se convierte en enemigo, no menor por cierto, para la comprensión de los problemas en su estadio original. Se interpone, como una cortina, entre nosotros y el mundo exterior, impidiendo el acceso a la verdadera "originalidad".

Así, el necesario re-pensar, puede plantearse como una grande, general y nueva pregunta, sólo en apariencia infantil, que supone el olvido, hasta donde resulte posible, de lo supuestamente sabido . El saber distinguirr lo útil (utilizable) entre lo conocido, en cada caso, y lo que debe ser re-conocido, no es fácil casi nunca, entre otras cosas porque no suele intentarse. Instalados en la comodidad de la "experiencia", renunciamos al riesgo que supone el replantear los principios, en su origen.

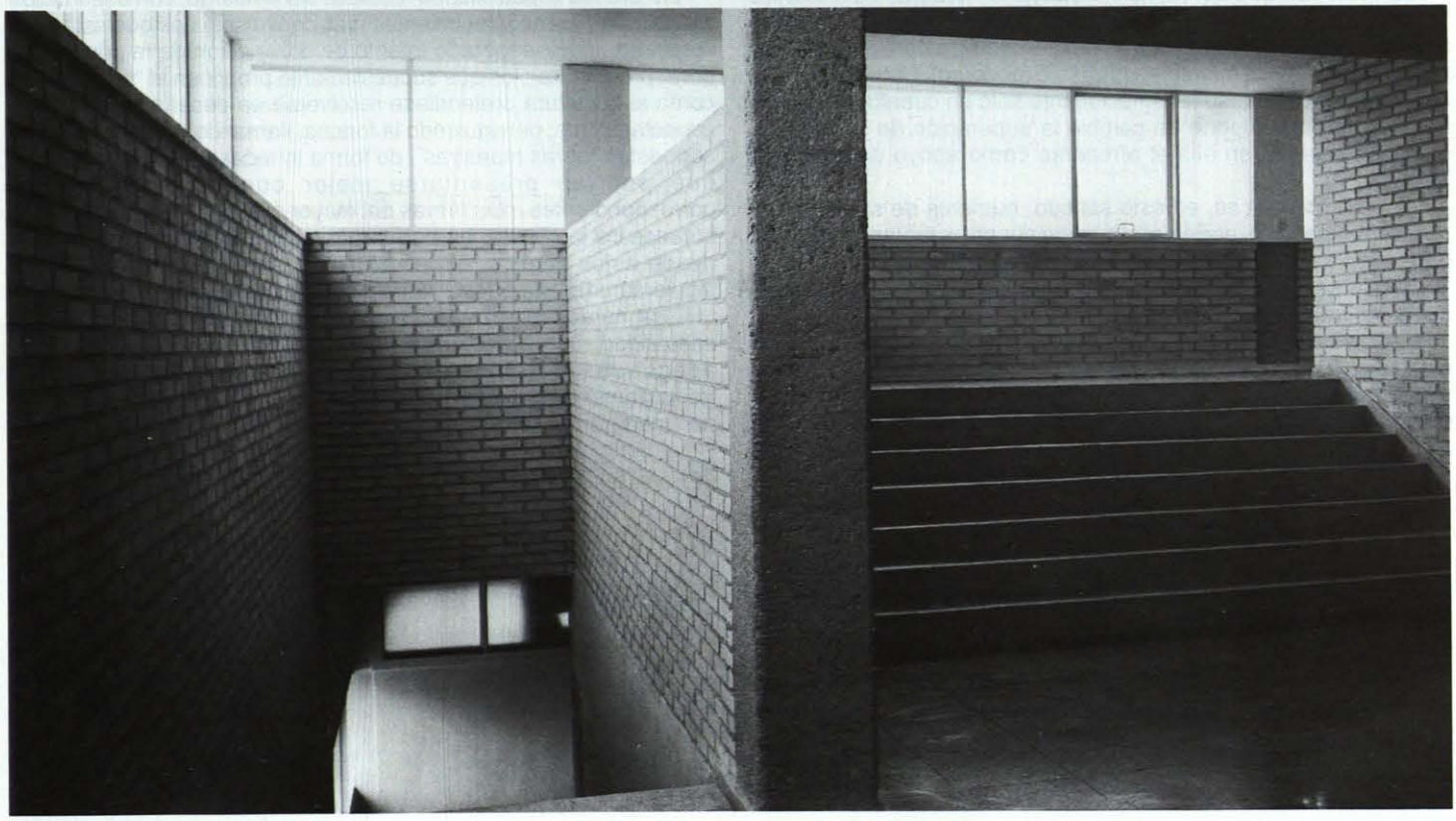
La experiencia resulta en general suficiente para lo que ya conocemos. Para las nuevas situaciones respecto a las que no se tienen antecedentes, hemos de arriesgarnos al error y al posible fracaso. A la sanción o sus sucedáneos. Aun evitando, en general, los riesgos, en determinadas circunstancias, sin que pueda parecer imprescindible, se asumen voluntariamente. Riesgos a veces temerarios pero casi siempre emocionantes. Con frecuencia innecesarios.

Asomarse al exterior, quitar o, a veces, rasgar la cortina, "olvidar lo sabido", supone un riesgo que, asumido serenamente, indica, a

José María García de Paredes: Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos en Teruel.

JAVIER ESTEBAN

Julio Cano Lasso:
Viviendas de la calle
Basílica en Madrid.



José Antonio Corrales y
Ramón Vázquez Molezún:
Edificio Profidén en Madrid.

mi entender, la madurez. Un estado de ánimo en el que, conociendo los propios recursos, la oportunidad del momento, alguien se pregunta con la mayor sabia-inocencia, el qué de las cosas para llegar al cómo resolver el caso concreto. La idea básica, como la escultura en el bloque de Miguel Angel, sólo espera para revelarse, la pregunta correcta.

La madurez supone tambien "el modo" de plantear la pregunta. Ni con la "impaciencia" de quien, como un niño, no espera la respuesta, ni con la "suficiencia" de quien sólo busca encontrar la "correcta". Por eso, la madurez me parece residir en un cierto "equilibrio dinámico" interior sólo posible cuando "se está llegando" y aun "no se está volviendo". No cuando se ha llegado o cuando se está de vuelta.

La obra madura manifiesta la "calma-tensa" de un autor en madurez.

Creo conveniente reflexionar sobre este carácter, que expresa una situación, y supone una meta universal. Es el fundamento de lo clásico, supone una mirada serena y contenida al mundo en el borde del precipicio. Distinta del clasicismo, "repetición" de lo clásico desde su experiencia . Por ello lo clásico no puede repetirse sin caer en su "ismo" convencional y sí debe proponerse, en cambio, como actitud moral desde la que, al menos, sea posible el ejercicio de su desarrollo, la madurez.

Podemos ver así la bra madura como opuesta a la "opera prima", a tantas, desde las que se circula hacia la madurez, quizás residente en ellas de forma inadvertida.

La "opera prima" es circunstancial, irrepetible, como la juventud, con valor tan sólo indicativo, como germen. Por ello me interesa sólo como retrospectiva en un sendero coherente. Visto desde la madurez. Como a H.H la pasión-intriga por su nínfula, Lolita.

La sociedad-que-consume no busca lo maduro. Potencia los "valores" de lo premaduro, lo inmaduro, lo posmaduro. Le interesa lo circunstancial, porque en ello medra. Porque en esos estadios radica lo variable, lo mudable, quizás "lo moderno". La "opera prima" como valor, puede resultar emocionante sólo en cuanto predicción. La obra madura supone en cambio la superación de lo debido a otros y comienza en ella el ofrecerse como apoyo para nuevos caminos.

La obra madura es, en este sentido, nutriente de savia nueva.

Por otra parte, la lección que supone nunca es pretenciosa. Nada pretende, más allá del legado de la actitud que implica.

Puede ser programática, pero nunca un panfleto. Ni siquiera suele ser un manifiesto. Simplemente, es.

La solvencia, el rigor, la coherencia, la serena asunción de las contradicciones, adjetivos apropiados a la obra madura, la alejan casi siempre, de la obra maestra, a la que no aspira. En aquella el riesgo se controla por el saber de las limitaciones propias y ajenas. No pretende, en general, cambiar lo que "se sabe", a ciertas alturas, que no se puede, sino "tan sólo" mejorar lo que se debe, lo que sí se puede. Por ello, su responsabilidad se ajusta a la estructura culturalmente establecida.

Dialoga sin histerias porque no tiene prisa. Sabe que el tiempo juega a su favor. No pretende demostrar practicamente nada, aunque no acepta facilmene la confusión promiscua. Cierto sutil elitismo la perfuma y la distingue, cierta satisfacción íntima y serena se traslada desde el autor a los usuarios. Nos propone una emoción equilibrada

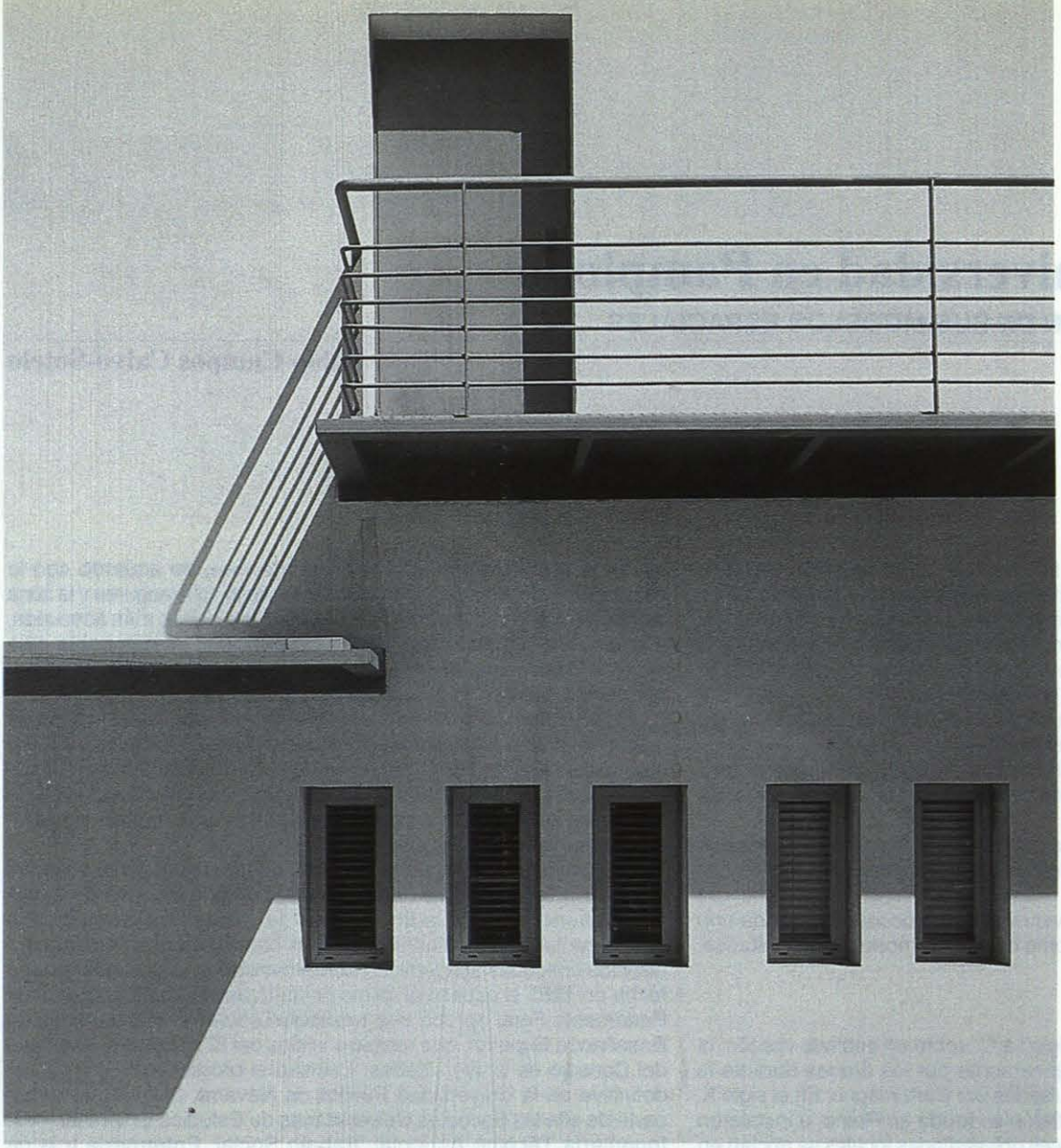
Por todo ello su aprehensión suele requerir un nivel de formación y un criterio personal apropiado, en sentido literal. Poco dependiente y, quizás, hasta donde se puede, independiente. Al no querer llamar la atención a cualquier costa, su "distinción", supone un cierto alejamiento de la opinión general, que se fija a las formas "llamativas", confundida, evidentemente, por las apariencias. Lamentablemente, la obra madura, forjada desde el sentido "común", es, sin embargo, gustada por pocos, valorada en tono menor. La obra madura rebaja la tensión por la prudencia. Así, lo que en la obra maestra distancia al espectador, en la madura le acerca, le acoge. Resulta tan comprensible, que no se fija con nitidez a la memoria, en el recuerdo, por sus rasgos precisos. En todo caso sólo recordamos su aroma. La "delicadeza" con la que se inserta entre las otras no supone tanto la aceptación de las condiciones de contorno como su determinación de no entrar en discusiones estériles y pasajeras.

La obra madura se sabe con voluntad de permanencia, pero no se obsesiona con la inmortalidad, casi siempre tan estéril.

Por fin, la obra madura, deja el paso libre. No pretende decir la última palabra, ni se presenta como un testamento lleno de prescripciones. Deja testimonio de una situación y marca un camino renovable por todos. No le agota sino que le abre.

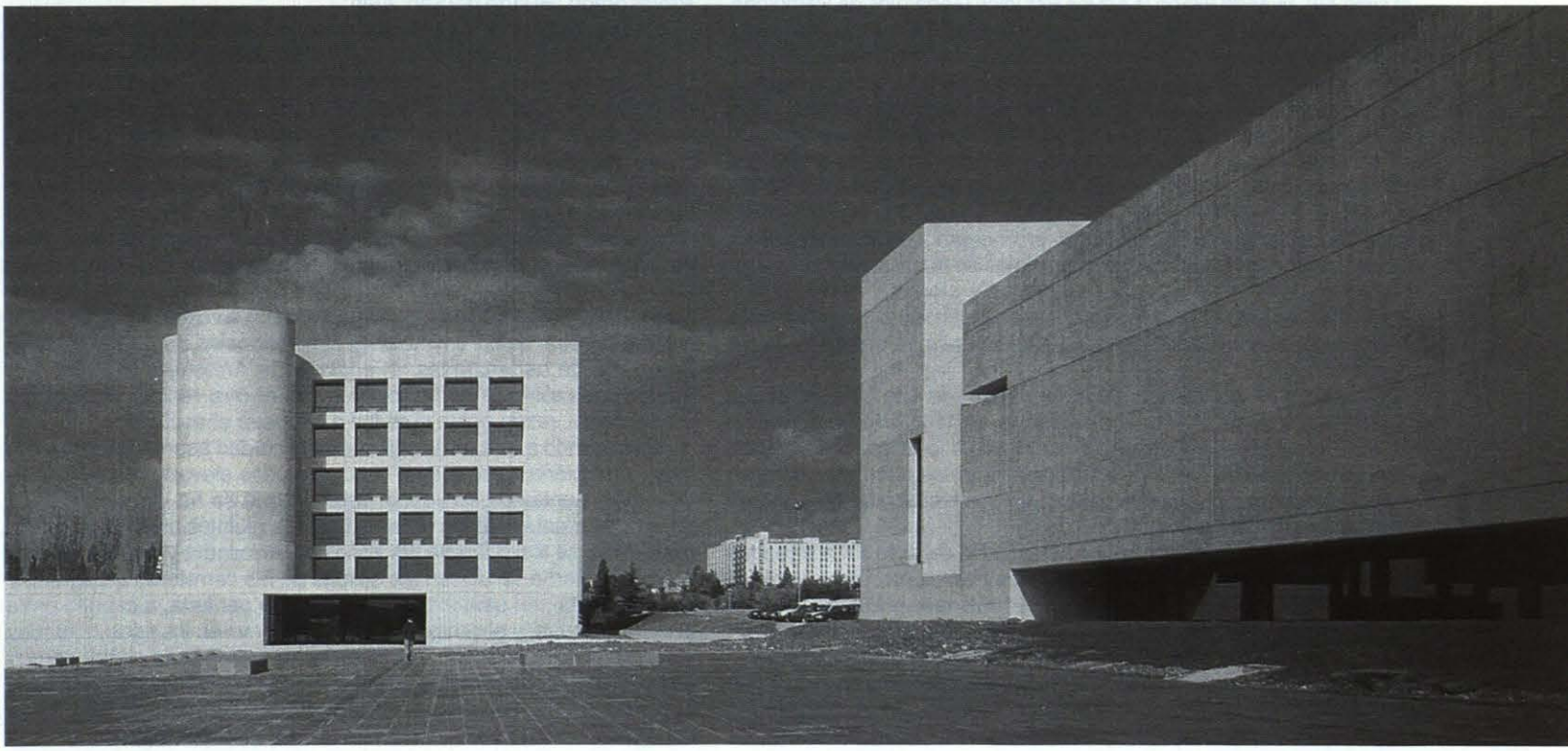
La "prensa especializada" destaca sin embargo, con una fruición compulsiva, los acontecimientos más convulsos. Los que están por llegar, en un desesperado intento de adivinación de la primicia, la obra "pre-matura"; los que supuestamente proponen el "rien va plus" como si la cultura pretendiese resolverse en desafíos circenses y espectaculares, persiguiendo la fortuna, llamando la atención sobre supuestas "obras maestras", de forma innecesaria y gratuita; o los que podrían presentarse mejor como "pos-maduras", correspondientes a las firmas del mayor prestigio, fabricado en los sótanos de la cultura, en pugna por el control del mercado. Visto desde estos medios, el panorama es, como poco, confuso. Ni siquiera complejo, puesto que su estructura no se aprecia.

Una mirada atenta sobre obras maduras, olvidadas no por casualidad, me parece, nos puede permitir recobrar la distancia adecuada. Alejarnos de la disputa, de la pasarela. Mirar tranquilamente alrededor y hacia adentro. Trabajar en paz. Quizás, así, maduremos.■



Genaro Alas y Pedro Casariego: Centro de Salud Arrabal en Zaragoza.

Javier Carvajal: Biblioteca de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de Navarra, junto a la Facultad de Ciencias Sociales, obra de Ignacio Vicens.



JOSÉ MANUEL CUTILLAS